

## COMBATES SIN ACABAR

DE PAUL-HENRI SPAAK

Paul-Henri SPAAK (1969): *Combates sin acabar*. Traducción del francés por Felipe Ximénez de Sandoval. Madrid, 1973, 542 pp.

La sola mención de las fechas entre las cuales se enmarca la trayectoria vital de Paul-Henri Spaak (1899-1972) ya nos señalan su pertenencia a una época de Europa que no es la nuestra. Fue aquella una Europa que conoció la guerra, que fue destruida por ella y que volvió a erigirse de sus ruinas sabiendo qué es lo que no quería repetir por nada del mundo. Erasmo lo había recordado —y presagiado— cuatro siglos antes: *Dulce bellum inexpertis*, es decir, la guerra es dulce para quien no la ha probado.

...es sorprendente —escribía Erasmo— con cuánta temeridad, sin que importe la causa, se la emprende hoy por todas partes, con cuánta crueldad y barbarie guerrear no sólo los paganos sino también los cristianos, no sólo los laicos sino también los curas y los obispos, no sólo los jóvenes sin experiencia sino también los ancianos que tantas veces la vivieron, no sólo la plebe y el vulgo, de naturaleza voluble, sino sobre todo los príncipes, cuyo deber tendría que ser amansar con sabiduría y razón los impulsos temerarios de la multitud insensata<sup>1</sup>.

Apesar de las enseñanzas del humanista, sin embargo, las generaciones parecen ansiosas por aprender por ellas mismas aquello que quienes les precedieron intentaron convencerles de que evitasen. Resulta sorprendente hasta qué punto cada generación olvida rápidamente lo aprendido para luego sentirse los primeros en avisar a la humanidad de los desastres de la guerra. Hacia finales del siglo XIX, Léon Bloy, en uno de los cuentos que escribiera evocando la guerra que librarán franceses y alemanes hasta la derrota de los primeros en Sedán para denunciar lo ocurrido en los campos de batalla, escribió:

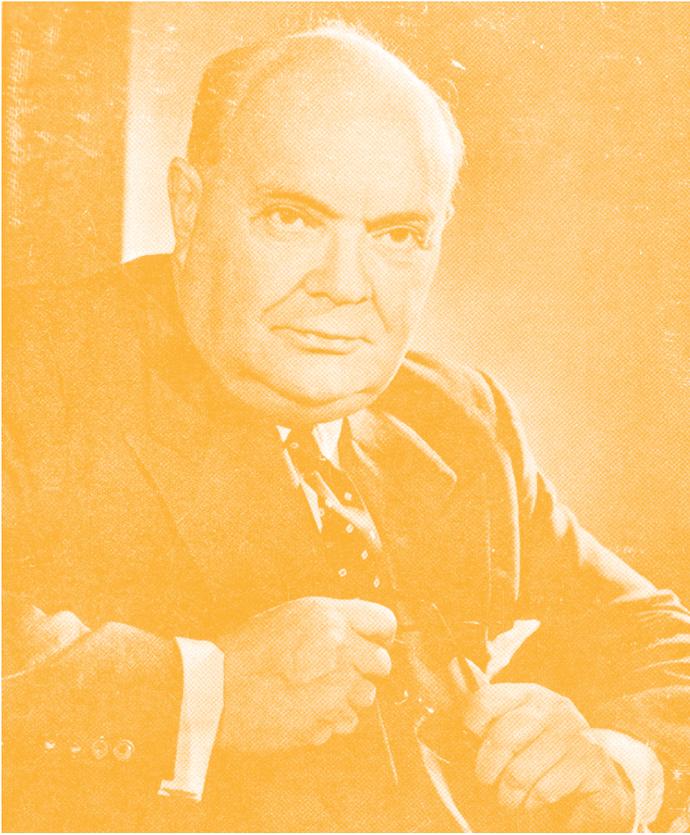
Ha bastado un cuarto de siglo para que se haya desvanecido esta inmensa humareda de batallas y de incendios y para que el solar de nuestra generosa Francia haya dejado de temblar bajo el paso de las botas de un millón de soldados. Una generación nueva salió de todas aquellas

noches amorosas de un año que mereció el calificativo de terrible, generación que no ha oído la larma de las agonías y las desesperaciones de esa época.

Las nuevas generaciones ignoran casi por completo, históricamente hablando, que su patria fue sangrienta y hondamente afligida en la época en que vinieron al mundo<sup>2</sup>.

Al igual que los ciudadanos de un estado democrático que varias décadas antes fuera una dictadura no consiguen captar con exactitud cómo debió de ser la vida entonces, siempre he pensado que quienes hemos nacido en la Europa de los años 60, o posteriormente, nunca acertaremos del todo a comprender las razones y sentimientos que hicieron que los paladines de la Europa unida (inicialmente la Europa del Benelux o la Europa de los Seis) se volcasen en su construcción en los años 50. Paul-Henri Spaak perteneció a la generación política que fue arrollada en Europa por el nazismo primero y, posteriormente, por el comunismo staliniano y soviético. Más concretamente arrollada por la lucha, y los esfuerzos que dicha lucha exigió, contra ambos movimientos.

En la esfera pública uno es tanto aquello que defiende como aquello contra lo que se rebela y a lo que se opone. En ocasiones más definitorio es aún esto último. Precisamente de aquellas luchas contra los totalitarismos en la primera mitad del siglo XX surgiría el contexto de los «combates sin acabar» que dan título a sus memorias políticas y que configuraron la intención de contribuir a la gestación de una escena internacional diferente de aquella que le vino dada a su generación. Como en el caso de aquellos otros que contribuyeron a gestar la Unión Europea, también Spaak atisbó en la oscuridad de la guerra la necesidad de trabajar en tiempos de paz para evitarla. Los años que pasara exiliado en Londres mientras se combatía en el continente le ayudarían a tomar conciencia de esa idea: «Me permitieron pasar, en el campo de la política internacional, de la neutralidad a la cooperación, del repliegue sobre uno mismo a los horizontes más vastos



y más apasionantes, de las grandes colaboraciones»<sup>3</sup>. Una vez más, sería en la tierra de la guerra donde se sembraría lo que habría de dar su fruto en época de paz.

*Combates sin acabar*, publicado en francés en 1969, sólo tres años después del abandono de la política por parte de su autor, es la puesta en orden de sus recuerdos en torno a su carrera política, vertebrada en función de los acontecimientos que tuvieron lugar a lo largo de las tres décadas que se extienden entre 1936 y 1966, y que jalonan su actividad pública al servicio de Bélgica y la Unión Europea. Su papel en la construcción del proyecto europeo fue decisivo desde sus inicios. Él fue el primer socialista en llegar al poder en Bélgica antes de la II Guerra Mundial. De tradición política familiar por parte de su madre y vocación escritora por parte de padre, Spaak había sido nombrado diputado socialista en el parlamento belga en 1932. Tres años más tarde ocuparía el ministerio de Transportes, Correos, Telégrafos y Teléfonos, para pasar en 1936 a hacerse cargo, por vez primera, del ministerio de Asuntos Exteriores. Posteriormente, entre 1938 y 1939, ocupó el puesto de Primer Ministro. Durante la guerra, y desde Inglaterra, sus actividades consistieron en alentar las relaciones y la unión aduanera (1944) entre los países que años después darían lugar al Benelux, germen de la Unión Europea.

En la Conferencia de San Francisco en el año 1945, y durante la cual se gestaría la Organización de las Naciones Unidas (ONU), como ministro de Asuntos Exteriores de su país, Spaak mantuvo una postura conciliadora entre los bandos en conflicto, con una todopoderosa URSS representada entonces por el beligerante Molotov. Su posición no pasó desapercibida ya entonces<sup>4</sup>, y hoy nos

permite apreciar hasta qué punto este lúcido estratega belga tenía ya claras sus ideas sobre la política internacional que desarrollaría en años venideros.

Desde el punto de vista estratégico —manifestó en aquellos momentos— ya no hay fronteras. La guerra que estalla en un rincón del mundo no tarde en devastarlo enteramente. Es el terrible espectáculo que se nos brinda para recordarnos de cuando en cuando, puesto que tenemos tendencia a olvidarlo, que dependemos unos de otros.

Pero, ¿por qué esperamos a la guerra para tomar conciencia de esta realidad? También existe —tanto o quizá más— en tiempo de paz. Es hermoso unirse para obtener la victoria; pero sería mucho más hermoso, más eficaz y menos costoso, unirse para construir un mundo mejor<sup>5</sup>.

Estaba a punto de concluir la guerra en Europa pero nada bueno se presagiaba en el futuro. La postura extremadamente beligerante de los soviéticos resultaba claramente preocupante<sup>6</sup> y sería allí, ante aquella asamblea, ante la que Spaak comenzaría a luchar por lo que él consideraba una necesidad inaplazable a la vista de los nuevos tiempos que se avecinaban. Tres años más tarde, en París, fue capaz de dirigirse al soviético Vichinski, en los siguientes términos que evocan, sin duda alguna, al Cicerón de las *Catilinarias*:

¿Sabéis por qué tenemos miedo? Tenemos miedo porque habláis continuamente de imperialismo. ¿Cuál es la definición del imperialismo? ¿Cuál es la noción corriente del imperialismo? Es la de un país, por lo general, de un gran país, que hace conquistas y aumenta su influencia a través del mundo.

¿Cuál es la realidad histórica de estos últimos años? No hay más que un solo gran país que haya salido de la guerra habiendo conquistado otros territorios, y ese país es la U.R.S.S. Durante la guerra y a causa de la guerra os habéis anexionado los países bálticos. Durante la guerra y a causa de la guerra os habéis apoderado de una parte de Finlandia. Durante la guerra y a causa de la guerra os habéis apoderado de un trozo de Polonia. Gracias a vuestra política audaz y flexible os habéis hecho todopoderosos en Varsovia, en Praga, en Belgrado, en Bucarest y en Sofía. Gracias a vuestra política ocupáis Viena y Berlín y no parecéis dispuestos a dejarlas. Gracias a vuestra política reclamáis ahora vuestros derechos en el control del Ruhr. Vuestro imperio se extiende desde el mar del Norte al Báltico y al Mediterráneo. ¿Queréis estar a las orillas del Rin y nos preguntáis por qué nos preocupamos?

La verdad es que vuestra política exterior es hoy más audaz y más ambiciosa que la de los propios zares<sup>7</sup>.

Verdaderamente fueron años vertiginosos en la historia del mundo y de Europa en particular. Demasiados presupuestos se venían abajo, empezando por el hundimiento definitivo de un *statu quo* internacional cimentado sobre las potencias mundiales que lo habían sido a lo largo de los últimos 150 años. El Reino Unido, Francia, Alemania, Italia o la propia Bélgica, sabían que nada volvería a ser como antes, e intentaban, todavía principalmente de modo individual, posicionarse en el nuevo concierto

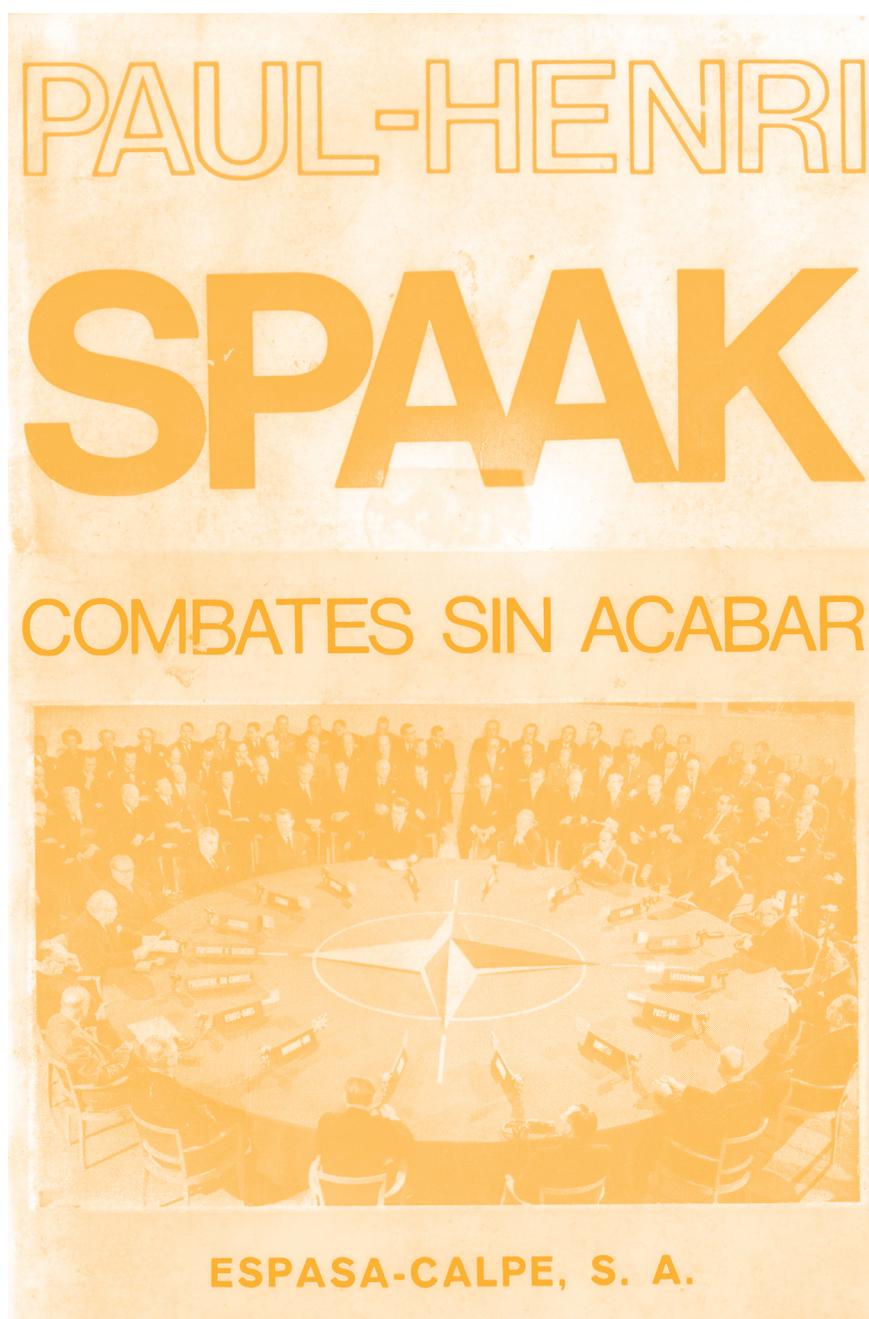
mundial. Los nuevos dueños de la escena, Estados Unidos y la Unión Soviética, pero también otros emergentes como China, corroboraban con sus actitudes, en verdad, que nada iba a ser ya igual a como lo había sido hasta ahora. Y en Europa entonces, como reconocería el propio Spaak, «en aquel tiempo, verdaderamente se tenía miedo a los rusos. Oírlo decir constituía un alivio»<sup>8</sup>. Es aquel miedo el que contribuiría en gran medida a sentar las bases del proyecto europeo que, como es sabido, germinaría inicialmente en los territorios de la Europa atlántica.

En enero de 1946 fue nombrado residente de la Asamblea General de la ONU, y en 1949 (y hasta su dimisión en diciembre de 1951) presidente también de la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa, foro ante el que en agosto de 1950 Robert Schuman defenderá su plan para la Europa unida y en el que en abril de 1951, mediante el Tratado de París, se llevaría a cabo la constitución de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA). Fueron esos años una época de constantes reuniones con los representantes políticos de la Europa occidental con quienes Spaak debatió el futuro de Europa. Su dimisión como responsable de la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa llegó, precisamente, como fruto de la impotencia para llevar a cabo actividades más avanzadas, principalmente la incorporación británica a la Europa de los Seis. Convencido de que la única manera de que Gran Bretaña se uniera a Europa era que ésta fuese una realidad y no una utopía, Spaak prefirió trabajar en el seno de la ceca para fortalecer y afirmar aquella unión incipiente que aún muchos dudaban que pudiera mantenerse en el futuro. Su cercanía esos años a quienes, como él, fueron los verdaderos motores de la Unión Europea, Schuman y Monnet, por ejemplo, supuso un notable aliciente que acabaría dando sus frutos<sup>9</sup>.

A caballo en todo momento entre la política nacional belga y la alta política internacional, su actividad fue frenética en los años 50, estando en todos los frentes surgidos en aquella época convulsa. En 1954 volvería de nuevo a ocupar el cargo de ministro de Asuntos Exteriores de su país, y desde ese puesto jugaría un papel esencial que cristalizó en la Conferencia de Mesina, en 1955, de la que saldría la gestación, a través del conocido como «Informe Spaak», del Mercado Común y el EURATOM, cuyos tratados se firmarían en Roma el 25 de marzo de 1957. Aquel mismo año Spaak fue llamado nuevamente a un puesto de relevancia como era el de Secretario General de la OTAN, en el desempeñará su labor hasta 1961, fecha en la que presenta su dimisión para volver a la política activa, como viceprimer ministro, a ocupar la cartera de Asuntos

Exteriores en Bélgica. Atrás quedarán años importantes en los que habrá estado en primera fila en acontecimientos tan destacables como la crisis de Suez, el derribo del avión U-2 en territorio soviético, la creación de la OCDE, o la independencia de Chipre y del Congo.

Este último acontecimiento, que provocó una importante crisis internacional, afectó personalmente a Paul-Henri Spaak, por lo que de relevante tuvo para la historia de su propio país. La independencia del Congo en 1960 había supuesto un acontecimiento crítico en la vida política de Bélgica, no por esperado menos traumático. En este sentido, su abandono del cargo de Secretario General de la OTAN no estaba al margen de su patriotismo y europeísmo, tal y como él los sentía en conciencia. El propio Spaak reconocería, en alusión a dicho acontecimiento, que «uno de los errores del Gobierno belga había sido no asegurarse el concurso de sus aliados, en el momento en que decidió su política



africana»<sup>10</sup> y no negó cierto reproche a la Alianza Atlántica y, de un modo especial, a los Estados Unidos, a los que criticaría en numerosas ocasiones anteponer los intereses de la ONU a los de sus propios miembros<sup>11</sup>. Precisamente, en su carta de dimisión al presidente Kennedy en 1961 manifestaría que, en relación con el conflicto congoleño, «tal como se han hecho públicas, las ideas americanas no han podido ser aprobadas ni por los franceses, ni por los belgas, ni por los portugueses, ni creo que por los ingleses, es decir, por quienes están más directamente interesados en los problemas africanos» y, más adelante, concluía contundentemente: «la cuestión es saber si en todos los terrenos los países miembros de la Alianza van a testimoniar o no una solidaridad aumentada»<sup>12</sup>.

Obviamente estaba en juego el problema de la descolonización, en el que Estados Unidos tenía una política muy diferente de la europea, y que ha de contextualizarse en el marco de la Guerra Fría. La independencia del Congo devolvió a Paul-Henri Spaak a la política nacional en la que el consideraba que debía trabajar entonces, y en ese marco acabaría sus días como político, con las botas puestas. Su salida de la escena europea coincidiría con las crisis producidas por el abandono de la OTAN por parte de Francia y la oposición de De Gaulle a la incorporación británica a la Europa de los Seis. Evidentemente los combates por los que Paul-Henri Spaak llevaba décadas luchando aún no habían concluido y la el proceso de unión en Europa entraba en otra fase en la que él ya no participaría. Jean Monnet, al final de sus Memorias, también reconocería que «nada queda jamás verdaderamente terminado»<sup>13</sup>. Pero Paul-Henri Spaak había cumplido con acierto su papel y el público siempre recordará (incluso el de aquellas generaciones que no le conocimos) su paso por la escena europea con la gratitud y admiración que se merecen aquellos que han dedicado sus vidas a mejorar el bienestar de la humanidad.

## NOTAS

<sup>1</sup> ERASMO DE ROTTERDAM, *Adagios del poder y de la guerra y Teoría del adagio*. Edición, traducción y presentación de Ramón Puig de la Bellacasa. Madrid: Pre-Textos, 2000, pp. 169-170.

<sup>2</sup> Léon BLOY, «El obstáculo», en *Cuentos de guerra*. Barcelona: El Cobre, 2002, pp. 73-74.

<sup>3</sup> Paul-Henri SPAAK, *Combates sin acabar*. Madrid: Espasa Calpe, 1973, p. 83.

<sup>4</sup> El *New York Herald Tribune* se refirió en aquellos momentos a Spaak en los siguientes términos: «El señor Paul-Henri Spaak está considerado por todo el mundo como uno de los elementos más importantes de esta Conferencia. [...] Es uno de los primeros socialistas europeos que ha comprendido la importancia de los factores nacionales en la vida de la Europa moderna. No es en absoluto un sectario y nada tiene de común con el caduco anticlericalismo del partido socialista belga. No tiene mucha simpatía doctrinal por el comunismo soviético ni tampoco por el régimen semitotalitario de la Argentina. Su objetivo principal es consolidar la democracia en el oeste de Europa, lo que sólo puede lograrse con la estrecha colaboración de Gran Bretaña y de Francia. Ero estima que esa Europa occidental no puede parecer de ninguna manera dirigida de cerca o de lejos contra la Rusia soviética», *op. cit.*, p. 136.

<sup>5</sup> *Combates sin acabar, op. cit.*, p. 134.

<sup>6</sup> «Los delegados de las potencias medianas y pequeñas, nos mirábamos angustiados. De pronto, nos habíamos dado cuenta de que el mundo iba a ser diferente al de nuestros sueños. El momento era dramático», *Combates sin acabar, op. cit.*, p. 133.

<sup>7</sup> *Ibidem*, pp. 152-152.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 153.

<sup>9</sup> «En la vida política —escribió en *Combates sin acabar*—, tan dura por lo general, reconfortan esos momentos en que uno se siente en comunión de pensamiento con hombres de los que a primera vista parecen separarnos muchas cosas, pero a quienes se estima por acercarnos a ellos un gran ideal. En tales condiciones, el combate se hace más fácil», *op. cit.*, p. 247.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 388.

<sup>11</sup> «A menudo he notado con decepción que en Washington estaban algunas veces más dispuestos a tratar de ganar la simpatía de los países africanos a las Naciones Unidas que a ayudar a los países miembros de la OTAN cuando atravesaban dificultades», *Combates sin acabar, op. cit.*, p. 398.

<sup>12</sup> *Ibidem*, pp. 376 y 378.

<sup>13</sup> Jean MONNET, *Memorias*. Madrid: Siglo XXI, 1985, p. 511.